

HEMOGLOBINA EN LA DISCO

Seudónimo: El Caballero

1

Cumplí 28 años el 6 de septiembre. Mi hermana me organizó una pequeña fiesta familiar, de lo más simpática. Recibí la visita de una ex novia (una muchacha un poco imbécil, pero guapa) que me regaló entradas para la disco Gótica. Alegué que esa noche no podía ir, ya que por la mañana debía acudir al trabajo (lo que era mentira por que el día siguiente era domingo, pero como ya he dicho, la pobre era medio imbécil y se lo creyó). En fin, que la despaché a eso de la media noche y me dispuse a abrir los regalos, en compañía de mi hermana. Estábamos en eso, cuando golpearon la puerta. El que venía era Víctor Lopez, mi cuñado teniente de policía. El tipo se había conocido a mi hermana hace apenas un mes, en circunstancias que se me escapan. El caso es que estaban comprometidos para casarse, lo que era una deshonra familiar, ya que Lopez era una especie de corrupto. Sin embargo, mi temor natural a la policía, me impedía hacer comentarios al respecto. Víctor Lopez se había presentado con un regalo absurdo; un montón de botellitas de coca cola, de las que regalan con la compra de bencina. Agradecí y anuncié que me iba a acostar. Víctor me paró en seco y dijo:

_ Cumpleañero, la noche es joven.

El comentario era ridículo, pero viniendo de alguien como Lopez era una cosa normal. No le respondí. Iba a seguir mi camino, cuando noté que Lopez , me miraba las entradas que sobresalían del bolsillo de la chaqueta. El tipejo las tomo y leyó con sorna:

_ Disco Gótica, pilluelo

Si el comentario anterior había sido ridículo, este era a lo menos peligroso. Lopez comenzó a sacudir las entradas en mi nariz, mientras le daba codazos a mi hermana. El pobre tenía intenciones de salir, se veía en sus ojos. Lo que era sinónimo de tener ganas de golpear quinceañeros en compañía de sus amigotes. Porque Lopez iba a todos lados con sus amigotes. Estos eran los tenientes Casas y Arroz. Juntos eran como Los tres chiflados, pero

armados con pistolas. Estaban estacionados afuera. En un momento dado comenzaron a tocar la bocina. Lopez miró a mi hermana con expresión cómplice y le dijo:

_ préstamelo, el chico necesita celebrar.

Acto seguido me tomó del brazo con su enorme manota y me arrastró a la calle. En una fracción de segundo ya estaba a las puertas del furgón policial. Casas estaba sentado en el asiento del conductor. A su lado iba Arroz; los generosos muslos de ambos estaban pegados formando una extremidad como de hipopótamo. Un hipopótamo policía. Casas me felicitó, sacudiéndome el cabello con la mano, como se lo hace con los niños pequeños. Arroz me guiñó un ojo, mientras me apuntaba con una pistola ficticia, formada por sus dedos índice y pulgar. Sin tener tiempo de reaccionar, Lopez me metió a la parte de atrás (por medio de un empujoncito que casi me quiebra la espalda) y se dio la vuelta, para ingresar por la puerta lateral. A mi lado había un sujeto de rostro enjuto y macilento. Tenía la cuenca de los ojos hundida y sombreada por ojeras verdosas. Su cabeza ostentaba unas matas de pelusa, en lugar de cabello; y una barba azulada de tres días se adosaba al pelo del pecho. Los lóbulos de las orejas le pendían hasta la intersección del hueso de la mandíbula, y despedía un olor a perro mojado. En suma, tenía la expresión de algunos enfermos mentales y parecía haber pasado una larga temporada a la intemperie. Justo cuando Lopez estaba abriendo la puerta para entrar al furgón, el sujeto me acercó la boca y me encajó los dientes superiores en el hombro derecho. Lopez le dio un puñetazo en la nuca y el tipo desvió la cabeza hacia el costado golpeándose con el asiento delantero. Casas le sujetó por la oreja y comenzó a darle bofetadas, al tiempo que el sujeto balbuceaba una especie de súplica.

_ te mordió _ me preguntó Lopez, ya instalado en el asiento.

Los dientes del tipo apenas me habían rozado, sin embargo, sentía la piel ardiente, como si me hubieran vaciado ácido sobre una llaga expuesta.

_ si, _ grité _ me enterró los putos dientes

Casas retorció las orejas del sujeto, hasta que los cartílagos hicieron CLIC. Luego pisó el acelerador a fondo. Arroz sacó su dispensador de gas pimienta y disparó a los ojos del sujeto. El gas se diseminó y sentí como si los ojos se me estuvieran cociendo en limón. Grité y le di una patada al asiento de Arroz. Este soltó una risa y volvió la vista hacia la calle. Lopez tomó al sujeto por el pescuezo, inmovilizándolo.

_ Cómo estás _ me preguntó

Estaba demasiado desconcertado como para decir algo. Solo atiné a darle un rodillazo al tipo, quien gimió con voz apagada, mientras trataba de respirar.

_ Como me metes aquí _ dije _ con un chiflado. Llévame al hospital Lopez

Casas sonreía por el retrovisor. Giró la cabeza hacia mi y dijo:

_ no es peligroso, es un loquito que pillamos por ahí ¿me creerías si te digo que estaba escarbando la basura con los perros? A mi me pareció rarísimo. López fue quien insistió en arrestarlo, yo me hubiera conformado con darle una tunda, pero.... ahora le daremos lo que se merece.

Lopez me miró de reojo, reprimiendo una risa infantil.

Diez minutos más tarde nos estacionamos a la orilla de un sitio eriazado, atravesado por un canal de regadío. Lopez abrió la puerta y salió arrastrando al tipo por el cabello. Este iba rebotando en las piedras como un saco de arena. A continuación salió Arroz. Casas encendió un cigarrillo con el encendedor del auto. Su rostro se iluminó por unos segundos a medida que la braza se oxigenaba. Pasó el brazo por sobre el asiento y me enseñó la cajetilla.

_ quieres un cigarro _ preguntó

_ no gracias _ dije, mientras miraba como Lopez y Arroz se alejaban, intercambiándose el bulto lastimoso en que se había convertido el sujeto.

_ puedes dispararle tu _ dijo Casas _ yo en tu lugar lo haría, a ti te corresponde

Me había rasgado el cuello de la camisa para ver la herida; tenía una hilera de dientes marcados rodeados por una sombra amoratada, que se había inflamado como una pequeña meseta. Sin quitarme la vista del hombro dije.

_ no estarás hablando en serio.

Casas sonrió, levantando la comisura izquierda del labio, aún con el cigarro en la boca y giró de la manilla de la puerta.

_ última oportunidad _ dijo

Bajé la vista y negué con la cabeza. Casas bajó del auto y dijo:

_ Nadie le va a echar de menos

Media hora mas tarde estábamos en las puertas de la disco Gótica. Lopez me había llevado al hospital, declarando que me había mordido un perro. El doctor me había puesto povidona, y luego de corroborar que mis vacunas anti tétano y anti rábica estuvieran al día me había dado de alta. Me sentía un poco mareado, aterrorizado en incapaz de actuar por mi mismo. Solo quería que terminara la noche.

_ hemos llegado_ dijo Lopez

Había a lo menos 100 personas, haciendo cola para entrar. Como era de esperar, mis acompañantes pasaron por encima de todos, haciendo valer sus identificaciones, generando indignación y rechazo.

Entramos. Lopez me llevó al baño. Este estaba vacío, salvo por un tipo sentado en el water, cuyos pantalones arrugados se veían bajo la puerta. Lopez tomó el jabón del lavamanos y lo arrojó a la caseta. El tipo gritó una increpación y abrió enfurecido. Lopez lo tomó de la mandíbula y lo arrojó contra la pared. El pobre tipo se dio un cabezazo y miró con horror al mastodonte que le había empujado. Se fue desplazando rápidamente con la espalda pegada en la pared, sin quitarle la vista a Lopez y una vez que salió del privado, emprendió la carrera. Cuando nos quedamos solos, Lopez sacó un frasco de antibióticos lleno de coca y armó una línea sobre la tapa del estanque.

_ mala cosa_ dijo_ pero se lo merecía ¿ te mordió, no es cierto?

Lopez inhaló como oso hormiguero y mantuvo la nuca pegada a la espalda por un instante. Luego armó otra línea.

_ hay gente que sencillamente no merece vivir_ continuó_ se hacen un daño a ellos y a los demás.

Lopez tenía una gota de sangre pendiéndole de la nariz. Me pasó un tubo de lápiz vacío. Di una jalada y tuve una imagen mental: yo era botella vacía a la que de pronto le meten un tubo por debajo para inyectarle gasolina.

_ sí, _ dije_ hay gente que no merece vivir.

Nos juntamos con Casas y Azufre y acudimos a la barra a pedir cervezas. Lopez dijo:

esta cerveza es un asco, seguro la han mezclado con agua Así que inició una discusión con el barman, quién trataba de hacerle entender que era imposible. Por supuesto, la discusión terminó en palabrotas. Por suerte Casas había logrado pasar una botella de whiskey en sus calzoncillos. Arroz pidió vasos, valiéndose de amenazas y comenzamos a beber.

Mas tarde, acudimos a la proyección de una estúpida película de vampiros. “Vampiria“, film artificial y pretencioso, tópico, carente de desarrollo argumental, reiterativo, rico en imágenes surrealistas de intencionalidad discutible, narrado por medio del uso y abuso del zoom. Puesto que en el film, todo vampiro capaz de enamorarse es expuesto a los rayos solares hasta descomponerse, él público se siente *tocado* en la fibra más honda de su irrigado corazón quinceañero.

Una vez que el film terminó abucheamos. Cabe decir que Lopez, Arroz y Casas, quienes se habían dormido durante toda la proyección de la película, se sumaron a las pifias como por costumbre, y puesto que su concepción de espectáculo se limitaba al toples, acabaron por tapizar la pantalla con escupitajos y desperdicios varios. Esto acabó por colmar la paciencia de los góticos y de los guardias de seguridad.

Sin embargo, considerando que mis acompañantes eran unos asesinos, me sentí protegido. Me acerqué a la barra, a comentar la pelea con el barman, quién, no dudó en compartir una anécdota simpática o un chorro de cerveza extra. Parecía el cliché del barman de película de los años cuarenta.

Es menester relatar la riña: Lopez, enorme y rechoncho, adepto a la rosca callejera, se las veía fácilmente con varios góticos. Procedía con todos a la usanza de los tres chiflados picaba ojos, propinaba manazos y apretaba narices hasta el sangramiento. Distinta era su técnica al enfrentarse con los guardias, quienes no perdían oportunidad de atacar por la espalda o castigar las partes púdicas, por lo cual, Lopez tomaba distancia, propinándoles patadas en el cuello, lo cual es sorprendente considerando su contextura de cerdo. Otro tanto ocurría con Casas y Arroz.

Hasta el momento, la pelea se había desarrollado bajo los códigos de taberna, bajo un ánimo, digamos festivo. Sin embargo, hubo un giro inesperado. Casas estaba castigando a un delgado gótico. Le había puesto la bota en el cuello y el chiquillo gritaba, mientras su mejilla rozaba un vaso roto que yacía en el suelo. De repente apareció su novia, una bonita

muchacha, bastante parecida a mi ex. La joven le lanzó un puñetazo a Casas, este le sostuvo la mano y la zarandeó como un muñeco. La joven quedó suspendida en el aire por una fracción de segundo y cayó de boca sobre el borde del vaso roto. Trató de incorporarse, logrando levantar solo la mitad superior del cuerpo. Tenía un trozo de vidrio del tamaño de un disco compacto incrustado en la sien derecha. La muchacha hizo un movimiento, que pareció el de alguien que baila bajo luz estroboscópica, y volvió a caer en seco.

Le pedí otra cerveza al barman, quién, ignorándome, pasó sobre la barra, dirigiéndose hacia la joven.

Y ahí estaba la muchacha que se parecía a mi ex, en los estertores de la muerte. Y también estaba el barman y toda la chusma incrédula y boquiabierta. Pero mis compañeros habían huido. “Oh hermanita”, pensé en ese momento “eres castigada aunque eres buena”. Entonces el barman me delató:

_ Este de acá _ gritó _ este andaba con ellos

3

Yo era un roñoso paraguas soportando una tormenta de granizo.

Un montón de chiquillos cayeron sobre mí, tirándome al suelo. Escuche gritos como los de una multitud que celebra un gol. No había en los rostros de la gente otra expresión que no fuera la del gozo. Todos desquitando su furia contra mí y dilatando mi muerte. En un momento un chiquillo de unos doce años me clavó un paraguas (¿de dónde había sacado un paraguas?) en la mejilla, lo hundía como si se tratara de una vara para medir la profundidad del agua; el chico tenía una extraña expresión de curiosidad en el rostro; era una especie de científico nazi maravillado de probar la resistencia al dolor. En un momento, desvió la punta de mi mejilla y empezó a tantear mi cuerpo, era inevitable que llegara hasta mi hombro. El dolor era punzante, indescriptible. En aquel momento sentí paranoia, seguida de una brutal energía. Todo el efecto de la coca se había disipado como una pastilla en agua caliente ¿o no?...

Era un hombre superior en un envase pequeño. Y en efecto, crecí. Estaba contagiado, aquel hombre me había legado la fuerza del animal. Ahora podía desgarrar carne humana, como si desgranara flores en otoño. En ese momento rugí. Todo mi cuerpo rugió. Corrí con agilidad de fiera, de tigre, de león, de jaguar, delobo Una baba amarilla escurría desde las comisuras de mi boca, ¿boca? Tanteé el borde inferior de mi

cara y descubrí que la mandíbula se había pronunciado unos treinta centímetros. Fauces, en lugar de boca había fauces, sí, seguramente, tranquilo. Subí al escenario.

Vi a un guardia agazapado entre los cubos de baile. Lo veía como a través de un binocular infrarrojo, distinguía las zonas de calor y de frío. Oh, todo era tan extraño, tan irreal. Acerqué un brazo al hombre y noté que este había se había deformado, hasta convertirse en una especie de pata que desembocaba en garra. Metí una de las garras por la nariz del sujeto y como si hubiese penetrado manteca, llegué a la nuca. El tipo empezó a sangrar mediante chorros de medio metro de alto. Me abrí paso a través del tumulto. Pasé frente un espejo. Mis ojos exhibían tortuosas canaletas de sangre, como barriga de embarazada. Pero el resto de mi cuerpo, oh, el resto de mi cuerpo era enorme. Un grupo de guardias se abalanzó a mis espaldas. Con un golpe de cabeza los derribé. Salté sobre uno de ellos, le hundí el hocico en el pecho, arrancándole parte del esternón. Este chorreó sangre, salpicando la cara del guardia, quien tenía los ojos abiertos, sin vida como dos coágulos de pus. Una chica comenzó a gritar, sin poder moverse, allí de pie frente a mí. Me acerqué con paso sigiloso. Le mordí una pierna, la chica reaccionó y comenzó a huir, saltando en un pie, tropezó y cayó de bruces sobre la punta de un escalón. El tabique de la nariz se dobló completamente hacia el lado derecho. La chica inhaló con un sonido de agua hirviendo y finalmente se quedó inmóvil. Y así, como un perro en temporada de apareamiento, inducido por los efectos de una maravillosa droga, rugí. La pantalla gigante exhibía “The howling”, con la luna llena en primer plano, vista a través de filtros azules.

4

La patada en el vientre fue lo que me espabiló. Había perdido completamente la respiración y luchaba por conseguir que el aire entrara en mis pulmones. Supuse que debía de haberme visto como un pez, al que el gato saca de la pecera. Veía manchas a mí alrededor, todos los rostros eran trastocados por nubes rojizas fluorescentes. Ahí estaba otra vez aquel chico enterrándome el paraguas, esta vez en los testículos. De pronto, un grupo de niñas me tomó por los hombros y comenzó a arrastrarme como a un cadáver ganado en la guerra troyana. El dolor se había apagado, sentía una mortal sensación de congelamiento. En ese momento sonó el disparo.

Lopez había regresado y con la pistola en alto, había logrado paralizar a la turba. El chico del paraguas (que en ese momento descubrí que lo que cargaba era en realidad, un bastón) se había entumecido, con los brazos en alto. Sin dejar de apuntar, Lopez me tomó del brazo y me incorporó, arrastrándome hacia fuera.

5

Lopez me trasladó a la comisaría. Ahí estaban Casas y Arroz. Entre los tres comenzaron a darme los primeros auxilios. Ni siquiera se me pasó por la mente decir que me llevaran al hospital, sabía que no lo harían, sin embargo, en ese momento, estar entre policías sicóticos se sentía bien. Tenía dos costillas fracturadas y mi cara era un amasijo informe de color negro. Había perdido dos dientes, y tenía una enorme alopecia en la nuca. Me recostaron en una camilla al interior de un privado. Desde ahí se escuchaba la conversación de Lopez y los suyos; al principio parecía girar en torno a mí, había un tono de preocupación en sus voces, pero luego derivó a las pachoteadas de siempre. Que iba a ser de mi, que iba a ser de mi hermana, acaso podía contar lo que había sucedido esa noche, sin recibir una terrible venganza. Preferí no pensar en eso y traté de conciliar el sueño. Estaba completamente a oscuras. Recordé al tipo del furgón, recordé sus ojos vacíos como los de un animal disecado. Recordé esa expresión de desconcierto y terror. Apreté los ojos y me voltéé a la derecha. De pronto la herida del hombro comenzó a latirme. Sentí espasmos eléctricos, sentí que el pelo se me erizaba. Un cosquilleo me recorrió la espalda, y luego un dolor mayúsculo en el pecho que me impidió moverme. Entonces supe que algo se había roto en mi, algo mas que costillas y dientes, algo mas profundo, algo mas..... La piel de los brazos se me desgarró, como si el hueso creciera y requiriera mas espacio. Escuché un ronco sonido brotar de mi pecho, que se ensanchaba descosiendo las costuras de mi ropa. Distinguí claramente los bordes de la habitación sumida en la oscuridad total. Olfateé carne fresca y tuve hambre. Entonces supe que estaba cambiando. Por el borde de la ventana apareció la luna llena.

fin